

D. JOSÉ DAVID GUARÍN.

LA SOLEDAD.

¡Salve, tranquila soledad augusta,
Dulce consuelo del que sufre y calla,
Ángel que cruzas con quietud el mundo,
Amiga del misterio y de la calma!

Á ti se acoge el pobre miserable
Y aquel que siente torturada el alma;
Te bendice el que goza y el que sufre,
Y ambos te ofrendan, soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
Que entre los hombres sociedad se llama,
Ni entre la pompa de salones regios,
Donde los vicios con el oro hermanan.

Sólo se te halla en las humildes grutas
Que se entapizan con la fresca grama,
Donde destila tembladora gota
Que nace, brilla, y al caer acaba.

Entre los bosques, corpulentos árboles
Arcos te forman con sus verdes ramas,
Y vense templos en que son columnas
Los rectos troncos de robustas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
Cuando la noche viene ó la mañana,
Te dan perfume las silvestres flores,
Que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
Que en tus altares en tu honor se canta,
Ó el rumor leve de arroyuelo humilde,
Ó el ronco trueno de la gran cascada.

También te arrulla suspirante brisa
Cuando á las flores con su amor engaña,
Cuando retoza con las hojas secas,
Cuando sus quejas le refiere al agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras,
Sea en la choza ó infeliz barraca,
Ó en el palacio que ruinoso oculta
Entre la hiedra su perdida fama.

Y eres más grande, soledad, si vienes
Cuando la luna con quietud derrama
Sobre la tumba y la ciudad dormidas
Tristes reflejos de color de plata.

Cuando el Vesubio conmovido arroja
De entre su seno la tremenda lava,
Y cuando herida por su luz de infierno,
Su faz la luna tras las nubes guarda.

¡Tú das la pompa y majestad severas
Á esos desiertos que oceanos llaman,
Donde lo grande, lo profundo, inmenso,
Deja extasiada con horror el alma!

Del Chimborazo en la nevada cima
Sólo la huella de tu pie se estampa;
La sombra á veces del condor andino,
La majestad de Dios, después..... la nada!

Se agita el hombre por hallar un límite
Del ancho espacio en la región callada,
Y allá en lo vacuo, lo infinito, aéreo,
Más te contempla cuanto más avanza.

Y atrás dejando el astro que en la noche
Su luz tranquila por doquier derrama,
Allá te admira, que la sombra eres
Del Dios increado que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora,
Busca el desierto donde todo calla,
Y allí pronuncia el adorado nombre
Que entre su pecho con sigilo guarda;

Y en ti confía, soledad divina,
Y en tu presencia de su amor ensaya
La triste queja y sus dolientes gritos,
Vertiendo á veces quemadoras lágrimas.

¡Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara de dolor el alma!

¡Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo aleve que asestó á mansalva,
Como la cierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su llaga,

Corro á ocultarme en el querido albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia!

Tú, que me escuchas los supremos ayes
Cuando la pena el corazón desgarrar,
Que sabes los secretos de mi vida,
Que oculta, triste y en silencio pasa;

No me abandones en la tumba, amiga.
No quiero gloria. ¿Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa..... eso me basta!

INÚTIL DESEAR.

«Cuando esta lluvia tan tenaz se vaya,
Cuando un vapor en los espacios no haya
Y entre mi seno se aposente el sol,
Haré que aspire de mi esencia pura
Cuanto encierra en mi cáliz la hermosura»,
Una rosa exclamó.

Pero, con todo, cuando ya del cielo
De pardas nubes apartóse el velo
Y la luz por doquiera se esparció,
Al desplegar la brisa rumorosa
Sus leves alas, de la pobre rosa
Ni restos encontró.

La golondrina dijo: «Que este invierno
Deje su frío y su nevar eterno,
Que de las flores vuelva el esplendor,
Y yo en la tarde subiré al espacio,
Y allá entre luz de rosa y de topacio
Haré cantar mi voz.»

Mas vino el sol y derritió las nieves,
La primavera con sus soplos leves
De la amapola el cáliz entreabrió;
Y antes que el sol hubiese despedido
Su luz postrera, entre el plumoso nido
Ya muerta la alumbró.

Cuando fui niño con placer decía:
«Ha de llegar el anhelado día
En que decir ya pueda: «¡ libre soy ! »

Entonces seré grande y opulento:
Tras los placeres y el saber sediento
Me lanzaré veloz.»

Llegué por fin; mas ¡libertad traidora!
Roto el cendal de la inocencia, ahora
No conservo del niño ya el candor.
Corrido ya tan avanzado trecho,
¿Qué me queda? ¡Un cadáver entre el pecho:
Mi pobre corazón!

EN EL POLO.

—Abrígame, la dije, que me muero;
Y convulso á su pecho me adhería.
Esta noche tan pálida y tan fría
Y esta nada sin fin, ¿no acabarán?
¡Quién me diera volver á las montañas,
Donde mis muertos descansando están!

—¿Y es muy bella la patria que lamentas?
—Días y noches son ecuatoriales;
Las flores del verjel, primaverales,
Se columpian con regia majestad.
Nunca las aguas se congelan; nada
Perece, como en esta soledad.

—Hay un país, me dijo con dulzura,
Do no hay noche jamás, do no hay invierno;
Crepúsculo ambarino, que es eterno,
Con raudales de luz fluctuando está.
—¡Llévame! ¿Dónde existe? ¡dime!—Mira.
Señaló al cielo y murmuróme:—¡Allá!

D. CÉSAR CONTO.

D. CÉSAR CONTO.

SALMO DE LA VIDA.

(TRADUCCIÓN DE LONGFELLOW, DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO
EL DOCTOR SALVADOR CAMACHO R.)

No me digáis con dolorido acento:
«La vida es solamente una ilusión»,
Porque está muerta el alma que dormita,
Y las cosas parecen, mas no son.

La vida es realidad, no vano ensueño;
No es la tumba su término fatal;
Que jamás del espíritu se dijo:
«Eres polvo y al polvo tornarás.»

No es el dolor el gaje de la vida,
Ni su objeto final es el placer,
Sino la acción, á fin de que el mañana
Nos encuentre más lejos que el ayer.

El arte pide tiempo, el tiempo vuela;
Y aunque es el corazón fuerte y audaz,
Late, no obstante, cual tambor que toca
Hacia el sepulcro marcha funeral.

El mundo es vasto campo de batalla,
Nuestra efímera vida es un vivac:
No os dejéis arrastrar como rebaño,
Antes, cual héroes, con valor luchad.

No os burle el porvenir con falso brillo;
El pasado sepulte lo que fué;
Trabajad, trabajad en el presente;
Que Dios da al corazón aliento y fe.

Grandes hombres ha habido, y en su historia
Á ser grandes podemos aprender,
Y vestigios dejar de nuestro paso
Que nunca pueda el tiempo obscurecer;

Huellas que acaso servirán de guía
Y el perdido valor harán tornar
Á algún hermano náufrago y errante
De la existencia en el revuelto mar.

¡Ánimo, pues, y varonil esfuerzo,
Ya sea la suerte próspera ó fatal!
Siempre avanzando, trabajando siempre,
Sepamos ser activos y esperar.

D. ARCESIO ESCOBAR.

D. ARCESIO ESCOBAR.

LA PARTIDA.

(TRADUCCIÓN DE BYRON.)

¡Todo acabó! la vela temblorosa
Se despliega á la brisa de la mar,
Y yo dejo esta playa cariñosa
En donde queda la mujer hermosa,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

Si pudiera ser hoy lo que antes era
Y mi abatida frente reclinar
En aquel seno que por mí latiera,
Quizá no abandonara esta ribera
Y á la sola mujer que pude amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
Que fueron mi contento y mi pesar:
Hoy los amo á pesar de sus enojos;
Pero abandono á Albión, tierra de abrojos,
Y á la sola mujer que pude amar.

Y rompiendo las olas de los mares
Á tierra extraña patria iré á buscar;
Mas no hallaré consuelo á mis pesares,
Y pensaré desde extranjeros lares
En la sola mujer que pude amar.

Como una viuda tórtola doliente
Mi corazón abandonado está;
Porque en medio la turba indiferente

Jamás encuentro la mirada ardiente
De la sola mujer que pude amar.

El sér más infeliz halla consuelo
En brazos del amor ó la amistad ;
Pero yo, solo en extranjero suelo,
Remedio no hallaré para mi duelo
Lejos de la mujer que pude amar.

Mujeres más hermosas he encontrado,
Mas no han hecho mi seno palpitar ;
Que el corazón ya estaba consagrado
Á la fe de otro objeto idolatrado,
Á la sola mujer que pude amar.

¡Adiós, en fin! oculto en mi retiro,
En el ausente nadie pensará,
Y ni un solo recuerdo, ni un suspiro
Me dará la mujer por quien deliro,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

Comparando el pasado y el presente,
El corazón se rompe de pesar ;
Pero yo sufro con serena frente,
Y mi pecho palpita eternamente
Por la sola mujer que pude amar.

Su nombre es un secreto de mi vida
Que el mundo para siempre ignorará,
Y la causa fatal de mi partida
La sabrá sólo la mujer querida,
¡Ay! la sola mujer que pude amar.

¡Adiós! quisiera verla..... mas me acuerdo
Que todo para siempre va á acabar.....
La patria y el amor, todo lo pierdo.....
Pero llevo el dulcísimo recuerdo
De la sola mujer que puedo amar.

D. JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO.